

LA SEMIÓTICA INTERPRETATIVA DE UMBERTO ECO: ESTRATEGIAS DE POSICIONAMIENTO

Victor Bravari

*di ciò di cui non si può teorizzare,
si deve narrare.
U.Eco*

0.- Prolepsis

La posición de la semiótica dentro de la filosofía y las ciencias sociales, ha sido muy diversa. Desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, ha respondido a las exigencias epistemológicas que ha dispuesto cada teoría.

Revisemos brevemente cuál ha sido el desarrollo de este posicionamiento:

Saussure la inscribe dentro de la Psicología Social, por la naturaleza psíquica del signo lingüístico. El carácter dual del signo, le asigna una realidad material —el significante— y otra mental —el significado—, que habría de estar correlacionado necesariamente por algún código convencional.

Peirce y Locke la inscriben dentro de la lógica, considerando, incluso, los dos términos como sinónimos. De allí la exigencia teórica de elaborar categorías lógico-epistemológicas, de acuerdo a sus presupuestos semióticos.

Barthes y Hjelmslev la inscribieron, en oposición a Saussure como un campo al interior de la lingüística. Con este enfoque se

dio origen a la escuela estructuralista francesa (Greimas, Kristeva, entre otros), y en general a la semántica estructural.

Eco la consideró, inicialmente, como una descripción de los procesos culturales en tanto que procesos de significación (o condiciones culturales de posibilidad de la producción de sentido, significado y comunicación). De esta manera, la posiciona como Antropología Cultural —aunque no consiguió desplazar, ciertamente, a la antropología estructural propuesta por Lévi-Strauss, dio lugar a los actuales “Culture Studies”—.

Recientemente, la posiciona como una reflexión de naturaleza filosófica, que considera el proceso de la semiosis como el fundamento epistémico del proceso cognitivo, esto es, de la elaboración de núcleos semánticos de percepción.

1.- Antecedentes

La extensión de las ideas fundamentales de la teoría lingüística de Saussure (1916), su complementariedad con la teoría de la información, en particular con la *Teoría matemática de la información* de Shannon y Weaver (1949), y el proyecto de Lévi-Strauss presentado en su *Antropología estructural* (1958), condujeron, desde fines de los cincuenta, y en diversos ámbitos de las investigaciones sociales, a la difusión de una búsqueda de estructuras profundas y patrones subyacentes en los diversos sistemas de actividad humana. Esta situación estimuló la elaboración de teorías generales sobre el sentido, sobre los sistemas de significación y sobre los procesos de comunicación.

La semiología —o ciencia de los signos— formó parte de esta tendencia general que se desarrolló posteriormente de diversas maneras. Ella se consolidó, por una parte, constituyéndose en semiótica. Gracias al *Tratado de semiótica general* (1975) de Umberto Eco, comenzó a tomar conciencia de sus límites epistemológicos y de sus nuevos alcances metodológicos, así como del cambio de paradigma que estaba efectuando, al modificarse de esta manera. La *Gramatología* (1967), tal como lo ha plantea-

do Derrida, es otro proyecto que se perfila dentro de este campo contemporáneo a partir de una modificación de la semiología, de la cual ha surgido la deconstrucción como movimiento teórico (cf. 1.2).

Los problemas más controvertidos —que se han discutido en la serie de debates sostenidos por los teóricos de la significación y la comunicación— han sido el problema en torno al sentido, la ilimitación del proceso semiótico y las posibilidades y límites de la interpretación, tanto de los signos, como de complejos sistemas de significación —en los que puede considerarse el elaborado por las obras de arte. Estas discusiones se han complejizado hasta el punto en que los responsables de estas polémicas se han visto en la necesidad teórica de explicitar su posición al interior —en tanto elementos constituyentes— del campo teórico e interpretativo contemporáneo mediante diversas estrategias hasta formar una serie de nódulos en los cuales divergen o convergen (cf. 2).

Con respecto a las relaciones que sostienen ambas teorías, comenzaremos con cinco diferencias, que son en definitiva consecuencia de distintas interpretaciones de las categorías peirceanas. La exposición de estas diferencias tiene una función específica dentro del presente ensayo. Primero pretende señalar cuáles han sido las posiciones más relevantes de la deconstrucción, que Eco ha discutido en coloquios y ensayos. Continuando, luego, con la descripción de una serie de movimientos teóricos y narrativos, que han llevado a Eco a un ulterior posicionamiento al interior del campo. Las diferencias no los había comprometido entre sí, sólo hasta el momento en que conforman un entramado del mismo campo teórico, y es por eso que comenzaremos con ellas, aunque han sido el resultado de tales estrategias.

Estas diferentes posturas, de hecho, no tuvieron necesidad de enfrentarse sino hasta que apareció la controvertida distinción entre textualistas débiles y textualistas fuertes, acuñada en *Consecuencias del Pragmatismo* (1982), por Richard Rorty. Las

estrategias equianas, en lo que a ellas respecta, han provocado una serie de movimientos tanto teóricos como narrativos. Los movimientos teóricos lo han llevado a plegarse sobre problemáticas que desarrolló en *Obra Abierta* (1962) y que ha continuado desarrollando a lo largo de diversos textos. Los movimientos narrativos, que han informado sus tres novela-ensayos o “collages enciclopédicos posmodernos” en palabras de Rocco Capozzi (1997), serán presentados como producciones en las que Eco despliega sus propias herramientas interpretativas y elaboran una línea de continuidad entre su teoría y las diversas teorías que conforman el panorama teórico e interpretativo contemporáneo.

Por su parte, Eco siempre ha mantenido que ningún texto puede ser interpretado de acuerdo a la utopía de un autorizado significado último, definitivo, original, e incluso que no puede ser sostenido que los criterios del autor han de tener algún tipo de prevalencia por sobre lo que el lector interprete del texto. Esta posición comenzó a ser desarrollada en *Obra Abierta* —escrita entre 1957 y 1962, antes de que comenzara a interesarse en la semiótica como metodología— y en *La Definición del Arte* —escrita entre 1955 y 1958—, donde desarrollaba la categoría de formatividad propuesta por Pareyson. Esta posición es desarrollada y profundizada en *Lector in fabula* —que tiene como fundamento epistemológico y teórico el *Tratado*— y, posteriormente, en *Los Límites de la interpretación* —incluyendo, naturalmente, sus novelas como complemento de posicionamiento.

Eco no ha abandonado su posición original, por el contrario, ha reafirmado, mediante estos movimientos estratégicos, que el significado de un texto se encuentra en un frágil equilibrio entre la interacción del lector y la estrategia textual de apertura. En el transcurso de este tiempo, Eco ha argumentado que la competencia enciclopédica de un texto lo abre hacia diferentes interpretaciones y que al mismo tiempo posee y brinda los criterios que limitan las interpretaciones del texto. En *Lector in fabula* nos recuerda que la secuencia de interpretaciones no es infinita porque el universo del discurso interviene y limita el formato de

la enciclopedia. Recientemente, en *Los Límites de la interpretación*, Eco sostiene que la ambigüedad deliberada de un texto permite diferentes interpretaciones, dificultando decir cuál resulta inaceptable, porque no se puede legitimar mediante selecciones contextuales pertinentes. Pero esta condición de los textos y de la interpretación no impide, afortunadamente, sustentar criterios de interpretación.

1.2.- Diferencias entre Semiótica y Deconstrucción

El énfasis que se ha puesto al momento de exponer las diferencias entre estas dos teorías debe ser entendida no sólo confrontada con el resto del presente texto —que se presenta como cotexto— sino además, como elementos que se ofrecen mediante una oposición dentro del campo al que nos estamos refiriendo. Pues el sentido del significado y el de su interpretación propuestos por ambas corrientes teóricas no sólo difieren, sino que, antes de ser complementarios, son contradictorios. De allí la necesidad de resaltar las oposiciones que determinan la situación en que se encuentran al interior del campo teórico e interpretativo contemporáneo:

1.2.1.- El problema del signo

La semiótica es una teoría general de los signos que intenta clarificar el funcionamiento de los sistemas de significación y de los procesos de comunicación o modalidades de producción signífica. La deconstrucción, en cambio, enfatiza la *indecibilidad* del significado en el marco de un proyecto de refutación del logocentrismo. Según Maurizio Ferraris “el objetivo fundamental de la deconstrucción consiste, propiamente, en pensar la diferencia, la distancia que separa nuestra interpretación de los objetos a los que se aplica” (1983: 184-5)

Sus diferencias comienzan por la interpretación que ofrecen de los términos y conceptos peirceanos: *signo* o *interpretamen*, *objeto de representación* —ya sea objeto *dinámico*: lo que

culturalmente se considera como objeto; o *inmediato*: el signo que se refiere al objeto de manera convencional—, *interpretante inmediato* o *interpretante final*. Sus diferencias continúan resaltándose por la terminología gramatológica propuesta para reemplazar y modificar la semiología: deconstrucción del signo, *écriture*, *signifiant du signifiant*, indecibilidad y *diseminación* del significado¹.

La semiótica define el signo como una relación triádica entre el signo o interpretamen —el vehículo del significado—, su objeto —dinámico o inmediato— como lo representado por el signo y su significado comprendido por otro signo, el interpretante —inmediato o final—. Esta capacidad de representar el mundo cultural es rechazada por la deconstrucción del signo. Derrida niega en *De la gramatología* tanto la noción de representación como la capacidad del signo de significar algo distinto a él mismo. Derrida se basa sólo en la diferencia signica como valor constitutivo de un sistema de signos estructurados. La diferencia se imprime en la huella que producen los significantes en el proceso de la *écriture*.

Sin una retención en la unidad mínima de la experiencia temporal, sin una huella que retuviera al otro como en lo mismo ninguna diferencia haría su obra y ningún sentido parecería. Por lo tanto aquí no se trata de una diferencia constituida sino previa a toda determinación de contenido, del movimiento puro que produce la diferencia. La huella (pura) es la diferencia (Derrida, 1971: 81-2)

De tal manera que la huella registrada mediante la diferencia, escinde el signo en dos sistemas opuestos correlacionados arbitrariamente, la remisión de las huellas produce una cadena

¹ «sin duda hay que transformar los conceptos, desde el interior de la semiología, desplazarlos, volverlos contra sus presupuestos, reinscribirlos en otras cadenas, modificar poco a poco el terreno de trabajo y producir así nuevas configuraciones» (Derrida, 1977: 33)

infinita de oposiciones. Derrida, además, reemplaza la terminología peirceana y saussureana por un nuevo cuerpo de categorías: *grama* como la unidad mínima opuesta al signo y gramatología como la disciplina que se encarga del estudio del comportamiento de los gramas². La gramatología se opone a la semiótica desde sus fundamentos. Desde que la semiótica es una teoría general de los signos, la gramatología es una no-teoría de los no-signos. El grama no es un signo, pero tampoco es una categoría propiamente dicha, y desde que no es categoría no puede construirse una teoría sobre ella. Como afirma Ferro en su *Escritura y deconstrucción*:

La ruptura con el programa tradicional de la ciencia reside en que la gramatología no se despliega como un programa que implique la posibilidad de una teoría general de la escritura (1992-1995: 95)

1.2.2.- El problema de la relación entre signo y significado

La semiótica y la deconstrucción difieren radicalmente en su relación con el problema diádico del *signans/signatum*. Ni Peirce, ni la semiótica contemporánea eliminan la distinción entre un signo y su significado. Derrida, en cambio, hace de la refutación de tal distinción uno de los momentos principales de su deconstrucción. Para Peirce, un signo, en virtud de su estructura triádica, necesariamente se encuentra en lugar de algo distinto, de manera que su condición estructural posibilita que se establezca una cadena de interpretantes que se ha formado en relación con un signo anterior, y esto es lo que permite que la semiosis sea ilimitada. Esta condición de la semiosis, no implica, como ha señalado oportunamente Eco, que no tenga final en algún momento; el establecimiento del detenimiento es, precisamente, la función que cumple el interpretante final o hábito, dentro de la cadena semiótica. La posición que Derrida tiene al respecto la expone en los siguientes términos:

² Cf. Derrida, 1977: 36.

El juego de las diferencias supone, en efecto, síntesis y remisiones que prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo. Ya sea en el orden del discurso hablado o del discurso escrito, ningún elemento puede funcionar como signo sin remitir a otro elemento que él mismo (Derrida, 1977: 35).

Écriture, entonces, es el término para el proceso no representacional, que Derrida opone frente a la semiosis. La *écriture* es un proceso autorreferencial que se produce mediante el encadenamiento de significantes que se refieren, a su vez, a otros significantes, de manera que este encadenamiento es un proceso en el que no actúan mediatizadores.

1.2.3.- El problema del significado

Con respecto al significado, las consideraciones también se oponen. Para Peirce el significado se encuentra dentro del signo, significado intrínseco al que Peirce denomina interpretante inmediato. El interpretante o significado del signo es el tercer elemento en la relación triádica que compone al signo. Cada signo que se ha formado a partir de un signo anterior es, a su vez, un interpretante final. Esto quiere decir que el significado de un signo se manifiesta a sí mismo mediado por otro signo; el interpretante final descubre el significado del signo, pero no lo constituye.

La deconstrucción, en cambio, niega cualquier significado intrínseco al signo o al texto y lo localiza fuera de él, en el intermedio de los grammas, de manera, que la *écriture* se encadena sin que el significado se correlacione mediante alguna operación, sino que deriva en este proceso de la *écriture*³. El concepto de *écriture* reemplaza a la categoría de signo y al concepto de texto, es la elaboración del significado que se disemina al

³ Cf. Acero, 1989: 124-125.

momento en que se produce⁴. Así, el significado se vuelve indecible.

La semiótica, en cambio, es una teoría del significado y de la interpretación, así como una metodología para establecer los significados posibles de los signos, es decir, la serie de correlaciones posibles entre un significante y sus eventuales contenidos.

1.2.4.- El problema de la interpretación

Luego de que ha liberado al signo de su objeto y de su significado, Derrida ofrece un nuevo enfoque para la interpretación – aunque Eco se ha encargado, sobre todo en *Los Límites de la interpretación* (1990), de señalar los orígenes remotos de tal tradición, denominándola “semiosis hermética”–. Cuando el significado es un enigma, es decir, cuando es indecible, no puede estar en relación clara con otro significado indecible. La deconstrucción reemplaza la intertextualidad —diferente, por supuesto, de la noción que describe la construcción de un texto en referencia a otros textos y mediante la incorporación de otros textos a través de la disposición de las estrategias productivas.

La intertextualidad derridiana está referida por la espontánea recreación de un texto en otro distinto mediante el acto recreativo de la lectura: así, cada texto se vuelve un intertexto y su accidental juego de ristas o trazas es denominado diseminación. El significado, se disemina mediante el proceso intertextual de la *écriture*. En el proceso de la *écriture* el significado de un signo resulta inaccesible:

La indeterminación del significado implica que queda al arbitrio de la invención del lector, el juego del significado es el producto siempre inestable e irreplicable del juego de interven-

⁴ «En esta cadena abierta de la *différance*... se inserta el motivo, si usted prefiere, el «concepto», el operador de generalidad llamado *diseminación*. Diseminación no quiere decir nada en última instancia y no puede recogerse en una definición» (Derrida, 1977: 59)

ciones textuales, siempre abierto a nuevas conexiones, correlaciones y contextos (Ferro, *ibíd*: 146)

La diseminación se opone a la noción de semiosis. La semiótica es una teoría de las modalidades de producción signica, que describe y define las reglas principales de las distintas modalidades que generan los diferentes tipos de signos. La semiosis es un proceso de continua autorreproducción de signos. Cada signo es generado por un signo precedente y determinado por él, como también, es determinado por el signo siguiente. La semiosis, entonces, es un proceso de continuidad del significado. Cada signo encuentra su fundamento en el signo anterior del cual es su interpretante inmediato y consecuentemente es creado, por este interpretante inmediato, el fundamento semiótico para un signo ulterior.

1.2.5.- La cognición semiótica

La semiótica entiende por semiosis, en consecuencia, un proceso de constante crecimiento cognoscitivo. Así lo ha planteado también Peirce (1986: 93) de manera explícita al afirmar que «un signo es algo que nos permite conocer algo más». Signos más desarrollados —mediante la formación de interpretantes en el proceso semiótico— ofrecen una mayor cognición. Por ejemplo, en el caso de las metáforas, ocurre esto porque permiten un mejor conocimiento acerca de los contenidos culturales de los signos, y por lo tanto, del Sistema Semántico Global. Las metáforas —como también ocurre con las metonimias— relacionan contenidos que no son convencionalmente relacionados, mediante una correlación que modifica o instituye nuevos códigos. Estos códigos instituidos que presentan la posibilidad de que estas nuevas reglas de correlación se convencionalicen.

La *écriture* de Derrida, en cambio, no es un proceso cognitivo en absoluto, y ningún conocimiento de los contenidos que están en constante diseminación, lo acompaña en ningún tipo de crecimiento. La diseminación se produce al tiempo que

se elimina. De esta manera el texto precedente es substituido por otro. Cuando Peirce enfatiza en la naturaleza creciente de la semiosis no se refiere sólo a la acumulación de conocimiento, sino también a la intrínseca posibilidad de continuidad de la interpretación. La interpretación es un continuo desarrollo de los signos, que permite un crecimiento cognitivo, a partir de la estructura triádica, que ofrece siempre un criterio de reconocimiento social de los contenidos y de las interpretaciones. La diseminación es autoaniquilable, porque no se desarrolla en un ámbito social de convencionalización. No es posible que una comunidad cultural reconozca, en su diseminación, a los contenidos que pueden ser correlacionados con el proceso de la *écriture*. El *hábito* o *interpretante final*, como elemento que detiene el proceso semiótico, sitúa el conocimiento de los signos en una esfera de acción práctica, y sitúa a la interpretación en un campo en el que puede insertarse en la tradición ofrecida por los textos y las costumbres.

2.- Las estrategias y los movimientos teóricos de Eco

Se ha dicho constantemente que Eco sostuvo una posición revolucionaria en *Obra Abierta* y que ahora, en cambio, se atrinchera en posiciones conservadoras. Eco proclama que su posición no ha variado, sino que por el contrario la ha mantenido y desarrollado, pero que en el curso de estos treinta años, alguien se ha inclinado excesivamente en pro de la vertiente de la iniciativa del intérprete. El problema ahora no es inclinarse en sentido opuesto, sino subrayar, una vez más, la ineliminabilidad de la oscilación entre el texto y el lector en ejercicio de la interpretación. Para la deconstrucción, en cambio, es necesario:

Buscar en el texto lo que el destinatario encuentra con referencia a sus propios sistemas de significación y/o con referencia a sus deseos, pulsiones, arbitrios... las diversas prácticas de deconstrucción desplazan vistosamente el acento sobre la iniciativa del destinatario y sobre la irreductible ambigüedad del texto, de suerte que el texto se vuelve puro estímulo para la deriva interpretativa (1990: 29-32)

En cambio, una semiótica de la interpretación —teoría del lector modelo y de la lectura como acto de cooperación interpretativa— suele buscar en el texto la figura del texto por construir, y por lo tanto, busca también en la *intentio operis* el criterio para evaluar las manifestaciones de la *intentio lectoris*.

Uno de los riesgos potenciales que puede provocar, y que de hecho ha provocado, al introducir la categoría de lector modelo en la semiótica textual y en la teoría literaria, es una radical relativización del significado de un texto, y de los procedimientos de interpretación mediante los cuales el significado se expone. Sin criterios de interpretación no es posible postular la distinción entre interpretación y sobreinterpretación —o subinterpretación— del significado de un texto o de un signo particular.

El *Tratado de semiótica general* provee un fundamento para una teoría de la interpretación, desde el momento en que ha establecido la función signica como la categoría que distingue la significación y la comunicación, y a ambas de la categoría de información; movimiento que ha posibilitado la fundación del campo semiótico. Esta distinción en el ámbito de la interpretación textual, sostiene los derechos del texto y del lector. La semiótica de Eco, considera la interpretación como una interacción entre el destinatario y la obra como un hecho objetivo. En cuanto es un sistema de significación, el texto restringe el rango de sus posibles interpretaciones.

Para describir los procedimientos mediante los cuales Eco se ha posicionado dentro del campo teórico e interpretativo contemporáneo, es preciso, recordar lo que Richard Rorty plantea en “El idealismo del siglo XIX y el textualismo del XX” (en Rorty, 1982), que luego defiende frente a Eco en las *Tanner Lectures* (1990) y publicadas como *Interpretación y sobreinterpretación* (1992). En ellas Rorty ha criticado la distinción que Eco establece entre *uso e interpretación*. Ciertamente, un lector puede usar un texto para muchos propósitos diferentes, algunos de ellos más usuales que otros. Pero Eco insiste, de acuerdo con los pos-

tulados de su semiótica general y textual, que el uso no es interpretación apropiada, de acuerdo a los propósitos con que un texto ha sido diseñado. Las siguientes categorías están circunscritas en la categoría misma de interpretación. Desde el *Tratado*, Eco ha delimitado una posición diferente para postular una distinción entre interpretación y el flujo de la semiosis como proceso. Eco proclama que el método de Peirce permite que el signo sea determinado cada vez más, tanto en su amplitud como en su profundidad. En el transcurso del proceso semiótico, la interpretación se aproxima —aunque asintóticamente— hasta el interpretante final, una categoría pragmática, depositaria de la convención cultural del signo.

Luego de señalar esta distinción, podemos comenzar a distinguir las categorías que propone Eco para delimitar las áreas en las que se efectúan ambos actos de lectura. La dicotomía entre *lector semiótico* y *lector semiótico*, que ya se encontraba planteada de manera rudimentaria en *Lector in fabula* (1979). El tercero de estos movimientos teóricos es la distinción entre *intentio auctoris*, *intentio operis* e *intentio lectoris*. Este movimiento permite, en cierta medida, hacer una lectura coherente y sistemática de las obras teóricas y narrativas de Eco. Estas nociones se elaboran de manera definitiva en *Los Límites de la interpretación*. Las tres distinciones están interrelacionadas y difícilmente se puede entender una sin la otra, cuestión que se hará notar en la siguiente exposición.

2.1.- Uso vs Interpretación

Rorty, en el artículo señalado, elabora la categoría de textualismo para describir la tendencia predominante del campo teórico e interpretativo contemporáneo, dentro del cual distingue dos modelos teóricos. Para comprenderlo, es preciso considerar tanto sus semejanzas como sus diferencias. Ambos, según Rorty, parten del supuesto pragmatista —Rorty habla inclusive de condena pragmatista— de que no puede existir una teoría de la verdad como correspondencia con la realidad; entendiendo por rea-

lidad tanto el referente de un texto como la intención de su autor empírico. Pero a partir de esta semejanza, surge también su divergente posición.

El primero cree en “la existencia de un código secreto que, una vez descubierto, permite una interpretación correcta del texto” (Rorty: 231), enorgulleciéndose de no haberse visto afectado por la realización de cualquier acto de lectura. Este es el textualista débil, el decodificador, que estaría convencido de que mientras “permanece dentro de los límites de un texto, lo glosa y muestra cómo opera, habría escapado a la soberanía del significante” (Rorty: 232). Este tipo de textualista está inmerso, no obstante, en una especie de realismo textual, persigue un significado trascendental. No cabe duda de que dentro de esta clasificación cabría la postura de Eco. Antes de describir al segundo tipo de textualista, podemos aproximarnos a la objeción que Eco sostiene en *Los Límites*. Afirma, pues, que Rorty no señala claramente si aquel textualista débil, al momento de perseguir el código secreto de un texto, pretenda hacerlo correctamente, es decir, Rorty no distingue entre una interpretación semántica y una crítica.

Nos anticiparemos en este punto, para aclarar que Eco sostiene que la interpretación crítica busca descubrir, mediante conjeturas y abducciones, las estrategias textuales que permiten aprehender el texto de manera semánticamente correcta. Es preciso distinguir entre la pretensión de que exista una interpretación semántica única —y, por lo tanto, un significado trascendental— y una teoría crítica que se propone como la mejor, por el hecho de englobar las posibles actualizaciones semánticas. Este tipo de interpretación no pretende, claro está, ser la única.

El segundo tipo de textualista —el textualista fuerte o retorcido nato— posee un vocabulario personal que no tiene por qué coincidir con las intenciones del texto, del autor o del resto de los lectores, de la comunidad que le conferiría un grado convencional a algunas interpretaciones. Sencillamente “se enorgu-

llece... de ser capaz de extraer del texto más cosas que el propio autor o sus fieles lectores (Rorty: 231). Para él, la crítica es una re-creación constante de otros textos en función de los propios intereses personales del lector. Ante esto, Eco replica que el pragmatista fuerte de Rorty no es precisamente un pragmatista, pero que en ningún caso es un textualista, pues:

Este *misreader* usa un texto para encontrar en él algo que está fuera del texto, algo más “real” que el texto mismo, es decir, los mecanismos de la cadena significante. En cualquier caso, por muy pragmatista que sea, el pragmatista fuerte no es un textualista porque, en el curso de la lectura, parece interesarle todo menos la naturaleza del texto que está leyendo (1990: 38)

Rorty, en las *Tanner Lectures*, critica la distinción entre *uso* e *interpretación*, que tanto se preocupa Eco por mantener. Rorty en su ponencia titulada “El Progreso del Pragmatista” (en Eco, 1992), sostiene y de manera coherente con su distinción entre textualistas débiles y fuertes, que Eco cree en una “naturaleza” oculta de los textos y que la crítica se encarga de desocultarla, actividad que Rorty invita a evitar —por ser inútil y errada—, con una actitud de alegre pragmatismo. Luego de aceptar esta invitación podríamos comenzar a usarlos para nuestros propósitos, cuestión que ocurre, según Rorty, aunque creamos hacer lo contrario, pues según su opinión:

Todo lo que uno hace con cualquier cosa es usarlo. Interpretar algo conocerlo penetrar en su esencia, etcétera, son sólo diversos modos de describir algún proceso de ponerlo en funcionamiento (Eco, 1992: 109)

De acuerdo con esto, y aquí nos adelantamos a nuestra propia exposición, la distinción entre *intentio operis* e *intentio lectoris* debe difuminarse, ya que no existe ninguna coherencia interna del texto que permita sostenerla. De tal manera no puede hablarse de lo que el texto pretende, sino que puede hablarse sólo de lo que nos sentimos impulsados a hablar de él. Para Rorty, la interpretación es un subproducto intuitivo de la lectura, la lec-

tura se expresa en la escritura o en el habla. Ninguna teoría es necesaria para llevar a cabo tal empresa. La interpretación es una actividad práctica, al igual que la lectura.

Pero si la lectura es guiada por el criterio propuesto por Rorty, entonces la multiplicidad de interpretaciones necesariamente es dada en la actividad misma. La interpretación es una producción potencialmente infinita, con un número infinito de ulteriores interpretaciones incompatibles e inconmensurables. Frente a esta situación Eco propone una dicotomización de la categoría pragmática de lector modelo.

2.2.- Lectores modelos

La distinción entre *cooperación interpretativa e interpretación crítica*, presentada en *Obra Abierta* (1962) y desarrollada semióticamente en *Lector in Fabula* (1979) y en *Seis Paseos por los Bosques Narrativos* (1994), señala que la segunda es producida por la crítica. El lector crítico es un tipo de lector cooperativo que una vez actualizado el texto, cuenta cuáles han sido sus pasos cooperativos y pone en evidencia la manera en que el autor, a través de su estrategia textual, lo ha incitado a cooperar de ese modo (1979: 258)

El problema es que se distinguen por una cuestión de grados, no sólo en el nivel de la intensidad cooperativa y la claridad de la lectura interpretativa, sino también en la lucidez para exponer los resultados de la cooperación realizada. Entonces, hay que admitir que “la frontera entre las dos actividades es muy tenue” (*ibidem*), pero también enfatizando que el interés no apunta a la distinción entre cooperación textual y crítica, sino en la distinción entre “crítica que relata y aprovecha las modalidades de la cooperación textual y crítica que... *usa* el texto para otros fines” (*ibid*: 259). En *Lector in fabula* Eco intentó clarificar las estrategias de cooperación textual, las categorías de Lector Modelo y Autor Modelo se proponían con la intención de mantener un control del rebuscado uso de los textos y que el texto mismo

no autorizaba. En *Los Límites* se discute nuevamente acerca de la distinción entre *uso* e *interpretación*, los cuales se vinculan ahora con dos posibles aproximaciones a un texto, a saber, *la interpretación semiósica* o interpretación semántica y *la interpretación semiótica* o interpretación crítica:

La interpretación semántica o semiósica es el resultado del proceso por el cual el destinatario, ante la manifestación lineal del texto, la llena de significado. La interpretación crítica o semiótica es, en cambio aquella por la que se intenta explicar por qué razones estructurales el texto puede producir esas (u otras, alternativas) interpretaciones semánticas.

Un texto puede ser interpretado tanto semántica como críticamente, pero sólo algunos textos (en general aquellos con función estética) prevén ambos tipos de interpretación.

(...) decir que todo texto prevé un lector modelo significa que en teoría, y en ciertos casos explícitamente, prevé dos: el lector modelo ingenuo (semántico) y el lector crítico. (Eco, 1992: 36)

Si ambas interpretaciones, la semiósica y la semiótica, están previstas por las estrategias de producción de un texto, entonces su distinción no es suficiente para diferenciar *uso* e *interpretación*. De hecho, tanto la interpretación semiósica como la interpretación semiótica se extienden en el ámbito propio de la interpretación textual. En este momento la tríada *intentio auctoris*, *intentio operis* e *intentio lectoris* hacen su aparición en la escena de los movimientos teoréticos —como un requerimiento teorético y categorial— para desatar este nudo crítico. Históricamente, la crítica se ha inclinado por la *intentio auctoris* y se ha asumido como la interpretación que ha quedado registrada en el texto y puede ser esclarecido solamente por el autor empírico del texto en cuestión, independientemente de nuestros propios movimientos cooperativos. La *intentio lectoris*, en cambio, asume la existencia de infinitas interpretaciones de un texto —al igual que lo que ha hecho la “semiosis hermética”, y como lo ha venido plan-

teando ora Derrida con su concepto de diseminación, ora Rorty con su disolución de la díada uso/interpretación—. Ambos, según palabras de Eco, son casos de fanatismo epistemológico.

La propuesta de Eco, tal como la planteó en *Obra Abierta*, y la ha reiterado, reformulándola con herramientas semióticas en diversos escritos, ha adquirido su forma definitiva en *Los Límites de la interpretación*, y puede considerarse como un proceso dialéctico entre *intentio operis* e *intentio lectoris*.

2.3.- La estructura triádica de los *intentia*

Los Límites de la interpretación e *Interpretación y sobreinterpretación*, son el resultado de muchos años de trabajo y estudios acerca de los procesos de generación textual, la interpretación y sus criterios reguladores. En ellos, parece enfocar la atención hacia los derechos del texto por sobre los derechos del lector y del propio autor. Eco está determinado a clarificar su posición, no sobre la autonomía —o sobre la autosuficiencia— del texto, sino sobre la libertad restringida del lector en la interpretación de los textos. En la medida en que un texto ha sido producido por un autor, sus intenciones han quedado plasmadas en el texto, en términos de estrategia textual, y pasa a constituirse en un autor modelo —una categoría pragmática—, por lo que el autor empírico es irrelevante. Entonces, el lector modelo debe mantener en consideración estas estrategias textuales como *intentio operis*, para interpretar el texto.

La contextualización es un principio básico en la teoría de Eco porque considera un elemento esencial en el proceso de la semiosis. Cuando se refiere a la dialéctica entre *fidelidad* y *libertad inventiva* durante la interpretación, reafirma su visión de que en el acto interpretativo, el lector debe guiarse por la coherencia interna del texto —ya sea esta semántica, estructural o cultural—. La coherencia que es *intentio operis*, está dispuesta por un autor modelo, y es lo que prevé todos los movimientos cooperativos ulteriores, incluso las posibles sobreinterpretaciones de un texto.

El proceso de interpretación es algo que nada tiene que ver con la aprobación del autor, lo que no implica que un conocimiento acerca de la competencia enciclopédica del autor modelo, su conciencia de la historia y de su tiempo, y las posibles intenciones que lo hayan motivado a emplear determinadas estrategias textuales de producción, no nos pueda concernir al momento de elaborar la conjetura que nos permitirá reconocer la *intentio operis*. La interacción del lector con la *intentio auctoris*, puede ayudar al lector a llevar su empresa cooperativa a buen puerto, esto es, interpretar de una manera comprensiva los diferentes significados y reconocer las distintas rutas de lectura dispuestas en el texto. Pero podría también permitir prever, al mismo tiempo, rutas que el autor modelo, probablemente, no diseñó de manera consciente y creyó no significar.

En *Los Límites*, Eco sostiene que la iniciativa del lector consiste en formular una conjetura acerca de la *intentio operis*, y que debe ser cotejada con la coherencia interna del texto. Esto no significa que sobre un texto se pueda formular una y sólo una conjetura interpretativa. En principio se pueden formular infinitas. Pero, al final, las conjeturas deberán ser probadas sobre la coherencia interna del texto; y la coherencia textual es un artificio sintáctico-semántico-pragmático, cuya finalidad es la construcción de su propio lector modelo. El lector empírico es aquel que formula una conjetura sobre el tipo de lector modelo postulado por el texto⁵. Una de las funciones de las estrategias produc-

⁵ “Creo que hay semiosis, y luego interpretación, en los procesos perceptivos. En este sentido la interpretación —fundada sobre la conjetura o sobre la abducción— es el mecanismo semiótico que explica no sólo nuestra relación con mensajes elaborados intencionalmente por otros seres humanos, sino también cualquier forma de interacción del hombre (y quizá de los animales) con el mundo circunstante. Precisamente a través de procesos de interpretación nosotros construimos cognitivamente mundos actuales y posibles” (Eco, 1990: 17).

tivas del texto consiste en delinear el o los lectores modelos y estas, precisamente, la función del Autor Modelo, como estrategia de producción textual. Con respecto a esto Eco plantea que:

La intención del texto es básicamente producir un lector capaz de hacer conjeturas sobre él, la iniciativa del lector modelo en imaginar un autor modelo que no es el empírico y que en última instancia, coincide con la intención del texto (1992: 77)

El texto es, entonces, el parámetro que se tiene para validar la interpretación, y ha sido concebido con el fin de ser el parámetro de las conjeturas realizadas por el lector modelo para descubrir la intención del texto. Reconocer la *intentio operis* es reconocer la estrategia textual que ha conformado el texto de manera coherente y es esta coherencia la que ha controlado las conjeturas realizadas por el lector. En *Los Límites*, Eco se opone a la sobreinterpretación derridiana de la categoría de semiosis ilimitada propuesta por Peirce.

En este punto es necesario recordar la objeción que Eco hace a Derrida al afirmar que “la idea derridiana de deconstrucción y deriva se opone a la noción de metalenguaje interpretativo” (1990: 42) y continúa aclarando que la interpretación requiere que parte del lenguaje pueda ser empleado como interpretante de otra parte del lenguaje, pues es “en el fondo el principio peirceano de interpretancia y de semiosis ilimitada” (*ibidem*).

Según Eco, Derrida ha elaborado su noción de deconstrucción —como el mismo lo reconoce en su *De la dramaturgia*, sobre la categoría peirceana de semiosis— sin que se haya puesto énfasis suficiente, en la distinción entre *intentio operis* e *intentio auctoris*, pues puede hacer de la interpretación —mediante la terminología derridiana, como *écriture* o *diseminación*— una cadena que arroje al significado, a una deriva sin término, y por lo tanto, mantenerla en el proceso de la semiosis ilimitada. Por otra parte, incita y expone al lenguaje a ser atrapado en un agotamiento constante de múltiples juegos interpre-

tativos, sin criterios de producción, sino que se producirían porque la *écriture* está en constante *diseminación*. Esta situación, impediría formular un lenguaje crítico, cuestión que niega, a su vez, el carácter reflexivo del proceso semiótico.

Todo esto no quiere decir que los textos no puedan ser usados para nuestros propósitos, sean estos sublimes o perversos. El hecho de que así ocurra es ya una prueba de ello, pero hay que distinguirlo de una interpretación, al menos desde que son reconocidos como dos modelos teóricos de lectura, que no sólo son distintos, sino que además son opuestos. Pues, ante la enigmática y desconocida intención del autor y las incontables intenciones del lector “existe la transparente intención del texto, que desaprueba una interpretación insostenible” (Eco, 1992: 92).

3.- *Eco in Fabula* o la escritura como género filosófico

Otro ensayo de Rorty, nos ha servido como punto de partida para elaborar la aproximación a la narrativa de Eco, como complemento semiótico de las estrategias teóricas de posicionamiento. “La filosofía como género de escritura: ensayo sobre Derrida”, aparece en *Consecuencias del pragmatismo*. Podría existir un criterio inherente a la investigación filosófica que permita reconocer su estatuto epistemológico. Si la filosofía se ha ocupado de la relación entre el pensamiento y el estado real de las cosas, es decir, entre la representación y lo representado “podemos concebir la filosofía como un campo cuyo centro es una serie de cuestiones acerca de las relaciones existentes entre las palabras y el mundo” (Rorty: 160)

El problema es que no existen criterios de identificación, ni método, ni unidad temática. Rorty clasifica la filosofía y su investigación filosófica como un aspecto más de la cultura, como una actividad que se remite a su tradición y a su historia. Esta clasificación parte del postulado pragmatista de que no existe un significado trascendental. Por lo que todo ejercicio filosófico es vano ejercicio literario. Rorty sostiene que:

La mejor manera de entender la filosofía es como género de escritura. Sus límites, como los de cualquier género literario, no vienen impuestos por la forma o la materia, sino por la tradición: una novela cuyos personajes son, digamos, el Padre Parménides, el viejo y honesto tío Kant y el hermano díscolo Derrida (ibid: 161)6

Derrida pertenece a una tradición emparentada por un *aire de familia* con la filosofía contemporánea y en particular con la reflexión filosófica del lenguaje (cf. Acero, 1989). Pero la filosofía del lenguaje, en cuanto ha sido filosofía *kantiana* sobre la relación entre la representación —el enunciado— y lo representado —las cosas— se ha vuelto aún más opaca e insegura. De manera que “ha de contrarrestarse haciendo de la filosofía algo todavía más impuro: algo menos profesional, más divertido, más lleno de alusiones, más provocativo y, sobre todo, más “escrito” (*ibidem*). Evitando la inútil tarea de encontrar la estructura de toda interpretación posible, superando, así, la ingenua pretensión filosófica de representar fielmente el verdadero modo de ser de las cosas, y demostrar que la verdad incondicionada puede albergarse en categorías espacio-temporales perceptuales y cognitivas.

Desde *De la gramatología*, Derrida intenta producir un nuevo referente para la filosofía, en cuanto género de escritura; no el mundo sino los textos.

La lectura... no puede legítimamente transgredir el texto hay otra cosa que él, hacia un referente... o hacia un significado fuera de texto cuyo contenido podría tener lugar, habría podido tener lugar fuera de la lengua, es decir, en el sentido que damos aquí a esta palabra, fuera de la escritura en general... No hay nada fuera del texto (1971: 24)

La referencialidad de los textos está constituida por otros textos, lo que justifica la utilización de cualquier texto para interpretar cualquier otro, sin orden al contexto de producción y a

las circunstancias de enunciación. Rorty continúa afirmando que “Derrida anda buscando una manera de decir algo del lenguaje que no traiga consigo la idea de “signo”, “representación” o “suplemento” (Rorty: 170-1). Para superar las categorías de la semiología, Derrida crea un nuevo vocabulario y, en consecuencia, un nuevo cuerpo de categorías —que se precian de no serlo— Pero no por ello ha creado un nuevo campo de investigación, pues la textualidad de sus categorías se refieren a esta misma calidad textual. Por lo que solamente ha mantenido el ámbito de la investigación semiótica en el ámbito de las estructuras sintagmáticas. Hacemos eco de la objeción que Calabrese presenta en su *Lenguaje del Arte*:

El problema de Derrida es que él no cree en el valor de la interpretación... la única interpretación “auténtica” de un texto no podría ser otra cosa que su re-escritura, desde el momento en que un texto —o cualquier obra de arte o, más aún, cualquier obra en absoluto— pertenece a una tradición de la que no poseemos las llaves, de la cual se escapa la continuidad, de la que sólo podemos registrar las obras como rastros opacos, ininteligibles, de su existencia (1985: 130)

El ámbito de la “semiosis hermética” y de la deconstrucción es el área expuesta por la *intentio lectoris* y permanece en un ámbito muy distinto de la propuesta hecha por Eco. En esta encrucijada, la narrativa de Eco se constituye en un instrumento dentro del esclarecimiento teórico, y en uno de los movimientos estratégicos que desarrolla para determinar su posicionamiento al interior del campo teórico e interpretativo contemporáneo.

En *Lector in Fabula* Eco se refiere a textos en los cuales el lector genera expectativas para tomar tantos paseos inferenciales como le sean posibles. Paseos sugeridos por asociaciones paradigmáticas e inferencias intertextuales que orientan la(s) lectura(s) de otros textos que se agregan como competencia enciclopédica acerca de los diferentes significados que han sido introducidos mediante estrategias textuales.

Las novelas de Eco invitan —o inclusive, requieren— tipo de paseos inferenciales, precisamente, porque su narrativa es un excelente ejemplo de cómo un texto se refiere a otros textos y cómo es posible producir un texto mediante otros textos.

El Nombre de la Rosa, *El Péndulo de Foucault* y *La Isla del Día de Antes* son estimulantes y cautivadoras novelas–ensayos, en las cuales Eco discute, en forma narrativa, algunas de las más polémicas teorías acerca del sentido, el significado y la interpretación desarrolladas desde comienzos de los años sesenta: semiótica, estructuralismo, deconstrucción, hermenéutica, semiosis hermética y posmodernismo.

El Nombre de la Rosa, trata principalmente de la abducción, laberintos de construcción manierista, de la interpretación de signos y de estructuras intertextuales. *El Péndulo de Foucault* trata, entre otros temas, la dicotomía lectura/interpretación de los textos y de los signos, de la semiosis ilimitada y de la intertextualidad, de la infinita relacionabilidad de la rizomática competencia enciclopédica y de la deriva hermética. Temas que son abordados nuevamente en *La Isla del Día de Antes*.

En *El Nombre de la Rosa*, la biblioteca era un laberinto que exigía movimientos abductivos. En *El Péndulo de Foucault*, se exigía al lector una competencia enciclopédica para moverse abductivamente entre, a través —y tal vez, a pesar— de las referencias intertextuales, como caracterización de la interpretación. Expone, además, narraciones sobre las estrategias que desarrollan, tanto la semiosis hermética como la deconstrucción, para elaborar sus interpretaciones. Finalmente, en *La Isla del Día de Antes*, el personaje principal exhibe movimientos sobreinterpretativos que describen conjeturas —motivadas por su competencia enciclopédica e incorporadas mediante reflexiones parentéticas— acerca de un punto fijo en el globo terráqueo que lo llevan a la relativización y diseminación de la existencia de tal punto —codificado culturalmente como— fijo, hasta perderlo.

En sus tres novelas, exhibe el funcionamiento de los diferentes métodos y abusos de interpretación, narrados de manera tal que pueda vincularlos a las nociones de *signo como texto*, *texto como signo*, *mundo como texto*, o *texto como mundo [posible]*; y naturalmente con la idea de que el lector tiende a reaccionar con el texto del mundo o con el mundo del texto, produciendo otros textos. Esto explica por qué en *El Nombre de la Rosa*, gran parte de los diálogos entre Guillermo y Adso tratan acerca del propósito que Guillermo tiene de educar a Adso en el arte de leer e interpretar signos como elementos constitutivos de algo distinto, generalmente, de algo que no está presente de manera evidente.

Los temas del orden, de las relaciones coincidentes —del azar objetivo—, de los laberínticos planes secretos, de la sospecha y suspicacia necesarias para descubrirlos, y del control oculto del poder son retomados en *El péndulo de Foucault*. De la misma manera en que fue presentado el laberinto en *El Nombre de la Rosa*, en *El Péndulo de Foucault* los *topics* se presentan como estructuras rizomáticas, con innumerables rutas mediante las cuales se puede conectar cualquier signo con cualquier otro. En *El Péndulo de Foucault*, Eco hace un llamado al sentido común o a la manera de eliminar muchos de los peligros en el campo teórico, asociados con “la interpretación paranoica” y con la asociación libre de la interpretación ilimitada con otros elementos ajenos al texto interpretado. En un pasaje de *El Péndulo de Foucault* (c.10), Lía explica a Casaubon, Belbo y Diotallevi, quienes en su ansiedad por reconstruir un supuesto código secreto, acerca de un viejo y poderoso plan de dominio, han terminado interpretando una lista de lavandería, como código que correlacionaría la cadena sintagmática —una serie de signos inconexos— con el mensaje de un secreto grupo que quiere controlar todo y a todos, mediante un plan “cósmico”.

En definitiva su trabajo narrativo es esencialmente una manera de ilustrar cómo y por qué su lectura de Peirce es diferente de la interpretación ofrecida por otras posiciones al inte-

rior del campo teórico e interpretativo contemporáneo y en particular, la interpretación derridiana de la misma noción.

La narrativa de Eco, entonces, complementa los movimientos teóricos elaborados por él, con ejercicios prácticos de producción textual, mediante los cuales se desarrolla la semiósis ilimitada, la interpretación, la sobreinterpretación, como procesos perceptuales y cognitivos constituyentes del proceso de la semiosis. En otras palabras, elabora textos estéticos –como laboratorios de estudios semióticos idóneos–, en los cuáles se muestra textualmente cómo una porción del lenguaje se pliega en otra, para su producción y eventual ejercicio de cooperación interpretativa, oponiéndose, no sólo de manera teórica, sino también efectiva, a las nociones producidas por la deconstrucción – y por otras posiciones que no hemos abordado en este ensayo, como la hermenéutica, el posmodernismo, el posestructuralismo.

La narrativa de Eco, se propone como un fértil ejercicio de discusión filosófica, invirtiendo el postulado deconstructivista que plantea que no existe nada fuera del texto, salvo otro texto.

BIBLIOGRAFÍA**

- Eco, Umberto; [1962, 1966] 1979, *Obra Abierta*, Barcelona: Ariel.
- [1968] 1985, *La definición del arte*, Barcelona: Martínez Roca.
- [1968] 2ª ed. 1981, *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Barcelona: Lumen.
- [1973] 2ª ed. 1980, *Signo*, Barcelona: Labor.
- 1975, *A Theory of Semiotics* (col. Advances in Semiotics), Bloomington: Indiana University Press.
- [1975] 2ª ed. 1981, *Tratado de semiótica general*, Barcelona: Lumen.
- [1978] 1983, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*, Barcelona: Gedisa.
- [1978] 1996, *El superhombre de masas*, Barcelona: Lumen.
- [1979] 2ª ed. 1987, *Lector in Fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona: Lumen.
- [1980] 1988, *El nombre de la Rosa*, Barcelona: Lumen.
- [1983] 1988, *El antiporfirio*, en Vattimo, Gianni–Rovatti, Aldo (eds.) Madrid: Cátedra
- [1984] 1990, *Semiotica y filosofía del lenguaje*, Barcelona: Lumen.
- [1988] 1989, *El péndulo de Foucault*, Barcelona: Lumen.
- 1990, *The Limits of Interpretation* (col. Advances in Semiotics), Bloomington: Indiana University Press.
- [1990] 1992, *Los límites de la interpretación*, Barcelona: Lumen.

** Las fechas en corchetes corresponden a la fecha de la primera edición en el original, la fecha que le sigue corresponde a la edición consultada.

- [1992] 2ª ed. 1997, *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge: Cambridge University Press.
- [1994] 1996, *Seis paseos por los bosques narrativos*, Barcelona: Lumen.
- [1994b] 1995, *La isla del día de antes*, Barcelona, Lumen.
- [1997] 1999, *Kant y el Ornitorrinco*, Barcelona, Lumen.
- 1997b, *Semiotics and the Philosophy of Language* (en Capozzi ed.)

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

- Acero, Juan José; 1989, “*Derrida vs Austin–Searle: ¿dos tradiciones en pugna?*”, en Suplementos Anthropos, Revista de documentación científica de la cultura N° 13.
- Barthes, Roland et al.; 1970, *La Semiología (Comunications N° 4)*, Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.
- 1970, *Análisis estructural del relato (Comuniacions, N° 8)*, Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- 1970, *Lo Verosimil (comuniacions, N° 11)*, Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.
- Barthes, Roland; 1978, *Ensayos críticos*, Barcelona: Gustav Gili.
- 1972, *Crítica y Verdad*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bobes Naves, María del Carmen; 1973, *La semiótica como teoría lingüística*, Madrid: Gredos.
- Calabrese, Omar; 1987, *El lenguaje del arte*, Barcelona: Ediciones Paidós.
- 1993, *Cómo se lee una obra de arte*, Madrid: Cátedra.
- Capozzi, Rocco (ed.); 1997, *Reading Eco, An Antology* (col. Advances in Semiotic), Bloomington: Indiana University Press.
- Carontini, Enrico y Perayo, Danuel; 1979, *Elementos de semiótica general*, Barcelona: Gustavo Gili.

- CarroniI, Emilio; 1975, *Proyecto de semiótica*, Barcelona: Gustavo Gili.
- Culler, Jonathan, *The pursuit of signs*, Ithaca, N.Y.: Cornell University Press
- Deely, John; 1997; *Looking back on A Theory of Semiotics: One Small Step for Philosophy, One Giant Leap for the Doctrine of Signs* (en Capozzi ed.)
- Derrida, Jacques; [1967] 1971, *De la gramatología*, México: Siglo XXI.
- [1972] 1977, *Posiciones*, Valencia: Pre-Textos.
- Ferraris, Maurizio; 1988, *Envejecimiento de la «escuela de la sospecha»*, en Vattimo, Gianni-Rovatti, Aldo (eds.) Madrid: Cátedra.
- Ferro, Roberto; 1992-1995, *Escritura y deconstrucción. Lectura (h) errada con Jacques Derrida*, Buenos Aires: Biblos.
- Jakobson, Roman y Halle, Morris; 1967, *Fundamentos del lenguaje*, Madrid: Ciencia Nueva.
- Kristeva, Julia; 1981, *Semiótica 1 y 2*, Caracas: Fundamentos.
- Levi-Strauss, Claude; [1958] 10º ed. 1997, *Antropología estructural*, Madrid: Siglo XXI.
- Magariños de Morentin, Juan A.; 1983, *El signo, las fuentes teóricas de la semiología: Saussure, Peirce, Morris*, Buenos Aires: Hachette.
- Moles, Abraham; 1971, *Los Objetos (Comunications N° 13)*, Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Mounin, Georges, 1972, *Introducción a la Semiología*, Barcelona: Anagrama.
- Peirce, Charles S.; 1986, *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rorty, Richard; [1982] 1996, *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid: Tecnos.
- Saussure, Ferdinand de; [1916] 1980, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires: Losada.

- Shannon, C. y Weaver, W; [1949] 1981, *Teoría matemática de la comunicación*: Madrid, Forja.
- Scholes, Robert; 1982, *Semiotics and Interpretation*, New Haven: Yale University Press.
- Sebeok, Thomas; 1996, *Signos: una introducción a la semiótica*, Barcelona: Paidós.
- Segre, Cesare; 1981, *Semiótica, Historia y Cultura*, Barcelona: Editorial Ariel.
- Vattimo, Gianni–Rovatti, Aldo (eds.); 1988, Madrid: Cátedra.

Este ensayo debe considerarse un trabajo en progreso, por lo que no introduce afirmaciones concluyentes. Fue expuesta una versión breve de este ensayo en el *IV Encuentro Internacional sobre Teorías y Prácticas Críticas: Balance y perspectivas de un siglo conflictivo: Letras, Historia, Artes y Comunicación Social*, organizado por La Facultad de Filosofía y Letras de La Universidad Nacional de Cuyo, el GEC (Grupo de Estudios sobre la Crítica Literaria) y La Unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona. Se llevó a cabo entre el 13 y el 15 de Agosto de 2001.